



realidad económica

Nº 321 • AÑO 48

1º de enero al 15 de febrero de 2019

ISSN 0325-1926

Páginas 85 a 107

ANÁLISIS

Una aproximación al análisis del peronismo*

Mónica Peralta Ramos**

* Versión de Realidad Económica de la clase dictada el 6 de septiembre de 2017 en el marco de la Cátedra Gelbard, Universidad Nacional de Quilmes. La Cátedra Abierta José Ber Gelbard se creó en el año 2014, a partir del trabajo conjunto del IADE, el Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini y la Universidad Nacional de Quilmes. A partir del año 2017 dicta el curso “Economía, política y sociedad argentina durante el período 1973-1976”, destinado a alumnos de grado de la Universidad y del programa de Extensión Universitaria. El curso cuenta con un pequeño grupo de docentes y con profesores invitados.

** Socióloga Universidad de Buenos Aires (UBA). Doctora en Sociología Universidad René Descartes de Ciencias Humanas de la Sorbona, París.

RECEPCIÓN DEL ARTÍCULO: x de 201x

ACEPTACIÓN: x de 201x



Resumen

El objeto de esta charla es analizar a grandes rasgos la evolución del peronismo desde sus orígenes como movimiento político, hasta el último gobierno kirchnerista. Ningún análisis de la realidad es “inocente” o “ingenuo”. Siempre se engarza en un marco conceptual, aunque la mayoría de las veces éste permanece oculto o ignorado. En lo que sigue la expositora tratará de seguir el camino inverso; empezará por explicitar sintéticamente el punto de vista conceptual que da marco a su análisis del peronismo, el que ha desarrollado a lo largo del tiempo en distintas publicaciones¹.

Palabras clave: Peronismo – Clases sociales – Alianzas – Dictadura

Abstract

An approximation to the analysis of Peronism

The aim of this talk is analyzing the main features of the evolution of Peronism from its origins as a political movement up until the last Kirchnerist administration. No analysis of reality is "innocent" or "naive". It is always linked to a conceptual frame, although most times this frame remains hidden or ignored. Thus, the exponent shall try to follow a path that is inverse; she will begin with an explicit and brief exposition of the conceptual point of view that frames her analysis of Peronism, which has been developed over time in different publications

Keywords: Peronism -Social classes -Alliances -Dictatorship

¹ Entre otras publicaciones, ver Mónica Peralta Ramos La Economía Política Argentina: Poder y Clases Sociales (1930-2006) Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2007.

Introducción

Desde los orígenes de la humanidad las relaciones sociales se han organizado en torno de una cierta división del trabajo con el objeto de producir para subsistir. Con el tiempo, las comunidades empezaron a producir más de lo que consumían, dando así origen a un excedente. Esta producción de un excedente generó una problemática más profunda que llega hasta nuestros días: la del control, apropiación y distribución del mismo. Todos estos procesos se encuentran en los orígenes mismos de la vida en sociedad. A lo largo del tiempo han variado de forma dando lugar a distintos “modos de producción”, siendo este la base de la estructura más general de las relaciones sociales en una sociedad determinada y en un momento de su historia. Ese eje es esencialmente una estructura de relaciones de poder, es decir de relaciones de fuerza entre distintos actores sociales con intereses contrapuestos.

La primera pregunta que entonces debemos hacernos para entender la índole de los conflictos sociales presentes en un lugar y en un momento determinado es cómo se produce, cómo se apropia y cómo se distribuye ese excedente. Generalmente en todas las sociedades hay distintos modos de producción que dan origen a distintos conflictos sociales. Sin embargo, siempre habrá uno que dominará a los demás y el conflicto que se deriva del mismo impregnará de un modo decisivo a todos los otros conflictos sociales existentes. Ahora bien, el excedente no es un fenómeno aislado, se da en un contexto de relaciones sociales que implican distintas formas de poder social y simbólico. Desde que hay un excedente, aparecen diferentes modos institucionales de controlar su producción, apropiación y distribución. Ese control se da de diferentes maneras según sean las instituciones que predominan en esa sociedad: tribales, feudales o de otro tipo. Estas formas de control institucional también van cambiando a lo largo del tiempo. Paralelamente con el desarrollo del modo de producción capitalista emerge, aproximadamente en el siglo XVII, una estructura institucional: el Estado-Nación, que regula las formas en que se produce, se apropia y se distribuye el excedente económico dentro de un territorio delimitado. Esto ocurrirá en circunstancias en que una cosmovisión -es

decir ideas y valores que se articulan en una visión del mundo que da sentido a la vida cotidiana-, cementa a las instituciones y asegura la gobernabilidad de los conflictos. Es importante entonces tener en cuenta que todo se interrelaciona, no sólo dentro de una sociedad específica sino también en el ámbito global de las relaciones con otras comunidades/sociedades. Hoy diríamos, en el ámbito de las relaciones entre los países del mundo. Estos no están aislados, se encuentran insertados en estructuras de relaciones más amplias (por ejemplo el comercio exterior) que son también en sí mismas relaciones de poder y pueden explicarse a partir de la producción apropiación y distribución del excedente mundial. Estas relaciones en el nivel global también han ido cambiando a lo largo del tiempo. En síntesis: el peronismo nació en ese contexto. Nació en un país que tenía una estructura de relaciones sociales, políticas, culturales y económicas específicas y estaba insertado en ese momento en una determinada estructura mundial de relaciones. Todo eso fue variando con el tiempo. Desde los años treinta o cuarenta del siglo pasado hasta ahora todo cambió muchísimo, tanto en el nivel local como en el mundial. De ahí que el propio peronismo fue cambiando su significado, porque es expresión, como todo movimiento social, de una serie de conflictos que varían en la medida en que las relaciones sociales que los originan van cambiando con el tiempo.

El surgimiento del peronismo

El peronismo surgió entonces en la década de los años 40 del siglo pasado en circunstancias en que el modo de producción capitalista dominaba en la sociedad. Es decir, las relaciones sociales que posibilitaban la producción del excedente eran básicamente de índole capitalista y se estructuraban en torno de dos sectores bien diferenciados: el capital y el trabajo asalariado en tanto actores sociales de una relación de poder específica y asimétrica. Para explicar esto de un modo muy simple: en el nivel micro de la empresa tenemos el ejemplo de los empresarios y los trabajadores industriales “articulados” en una relación social de producción que da origen a un excedente o plusvalía. Cuando un empresario pone a trabajar a esa fuerza de trabajo asalariado por un tiempo determinado, en un primer momento este reproduce en mercancías o bienes producidos el equivalente de su salario; el resto del tiempo que trabaja se divide en a): una parte donde produce mercancías por un valor equivalente a los costos (distintos al salarial) en que incurrió el capitalista

para producir (herramientas, materia prima, edificio alquilado o comprado, etc.) y otra parte en que reproduce mercancías equivalentes a un plus es decir, a un excedente que integra la ganancia del empresario. Este es el punto donde se origina el eterno conflicto en las sociedades donde domina el modo de producción capitalista: cuánto de ese plus es apropiado por el empresario en concepto de ganancia y cuánto va concretamente a satisfacer las necesidades del trabajador. Esta problemática se replica en el nivel social en términos de, por ejemplo: cuánto del total producido en un año por el país se destina a los ingresos de los asalariados (o de los que menos tienen), cuánto es apropiado por las empresas (o los que más tienen), cuánto se destina al exterior en concepto de fuga de capitales, intereses de la deuda externa, etc.

Volviendo entonces al peronismo, éste nació en un contexto internacional muy particular, a mediados de los años cuarenta, cuando el mundo se encontraba inmerso en una recesión y estaba finalizando una guerra mundial. No nació “de un repollo”, porque los actores que le dieron origen ya estaban ahí, aunque invisibilizados políticamente. Existían, desde fines del siglo XIX, pero emergieron a la vida política del país con el peronismo. Estos actores sociales fueron los pequeños y medianos empresarios y los obreros industriales. Existían desde tiempo atrás en tanto pequeño y mediano capital industrial y trabajadores asalariados, pero no tenían representación política ni tenían canales institucionales a través de los cuales expresar sus demandas. Además, había otro actor, que era el gran capital industrial extranjero, que ya estaba inserto en la producción local desde por lo menos principios del siglo veinte. En efecto, ya existía una división en el sector industrial entre industriales nacionales y extranjeros, donde los pequeños y medianos eran nacionales, y los grandes eran de origen extranjero. Esta distinción no existió en los países del llamado “Primer Mundo” cuando estos se desarrollaron industrialmente, y esta diferencia explica en parte las enormes dificultades que hemos tenido para lograr desarrollar una industria nacional autónoma en nuestro país.

La economía argentina era por ese entonces esencialmente agroexportadora y los sectores agropecuarios, que concentraban una enorme cuota de poder económico y político aceptaban una cierta industrialización “moderada” compatible con la importación de bienes e insumos que la industria no producía localmente. Este

tipo de industrialización limitada era funcional a las necesidades del gran capital agroexportador y al mismo tiempo era incapaz de alterar la estructura productiva existente, básicamente agroexportadora. En ese marco, la guerra y la recesión mundial plantearon una situación inédita: el drástico freno de las importaciones de esos bienes necesarios que no se producían localmente. Es en ese espacio vacío que aparece la “funcionalidad” de la pequeña y mediana industria local. Perón se dio cuenta de que ahí existía una posibilidad de desarrollo nacional, y convocó a una especie de alianza entre el sector nacional de la industria y los obreros, que estaban luchando por su salario, en torno del fortalecimiento del desarrollo industrial y del mercado interno. El desarrollo de este último sería funcional al del país en su conjunto. Así nació el peronismo, como una alianza de clases entre la burguesía industrial nacional y el sector obrero.

Las condiciones en ese momento, tanto en lo interno como en lo externo, hacían posible que desde el gobierno se generase una política de desarrollo industrial nacional. Pero para que esto ocurriese era necesario tener el control político del Estado y desde ahí estimular a la pequeña y mediana industria y a los obreros a través de transferencias de ingresos destinados a subsidiar a la industria y promover salarios con capacidad de consumo, es decir con una capacidad adquisitiva que permitiese impulsar la expansión del mercado interno. Para ello el gobierno de Perón creó un instrumento destinado a controlar el excedente. Este instrumento fue el IAPI, institución que no sólo controlaba el comercio exterior, sino que además fijaba un precio interno a la producción agropecuaria inferior al obtenido en el comercio internacional. El Estado se quedaba con lo obtenido por la diferencia de precios y, por ende, con parte del excedente producido por el sector agropecuario. El control estatal del comercio exterior permitió al gobierno garantizar los ingresos que luego iría a redistribuir en forma de subsidios hacia la industria, y también hacia los trabajadores mejorando sus salarios y condiciones de trabajo.

El peronismo surge entonces como una alianza de clases, pero toda alianza de clases tiene un límite en el tiempo. La protección que le pudo dar a la industria nacional la situación de recesión internacional y posguerra duró un tiempo determinado, pero cuando empezó a reactivarse la economía mundial se planteó el problema de la competencia de productos extranjeros que presionaban para entrar

a nuestro mercado. Más importante aún, esto ocurrió en circunstancias en que aparecieron localmente las limitaciones que imponían los mayores salarios a la propia tasa de ganancia en la industria. Esto abrió una nueva etapa, típica del modo de producción capitalista, en la que fue necesario reemplazar mano de obra por bienes de capital a fin de restituir la tasa de ganancia a un nivel que permitiese expandir la acumulación del capital. Esto entró en contradicción con las demandas de mayor empleo y mayores salarios. Si analizamos la evolución de la tasa de ganancia empresarial del período, se ve claramente cómo va disminuyendo a medida que los salarios mejoran y aumenta su participación en el producto bruto. Este problema fue un factor esencial a la ruptura de la alianza de intereses que constituyó al peronismo. A esto se sumó la oposición acérrima del sector agroexportador, que desde un principio se resistió al control estatal de las exportaciones agropecuarias y de los precios de sus productos.

El derrocamiento de Perón

En los últimos años del primer gobierno de Perón hubo muchas presiones sobre la política oficial que finalmente precipitaron la caída del gobierno en 1955. A partir de entonces, el peronismo entró en la clandestinidad: durante muchos años estuvo proscrito y no pudo participar como partido independiente en las elecciones. Al principio de este proceso adquieren mucha importancia los sectores radicalizados del peronismo, que sufren toda clase de persecuciones, con su líder en el exilio. Al poco tiempo surgió el intento oficial de cooptar al peronismo dentro del sistema político, pero impidiendo que se expresase como partido independiente. Este intento llevó al pacto entre Perón y Frondizi que derivó en la elección de este último apoyado por los votos peronistas. Durante el corto periodo de este gobierno no se alteró la tendencia a la caída de los salarios y a la fuerte pérdida de capacidad adquisitiva de la población. Esta tendencia permaneció en el tiempo, y con el desplazamiento de Frondizzi por un nuevo golpe militar el peronismo permanecerá reprimido y proscrito políticamente hasta 1973.

Por otra parte, nuevos conflictos germinaron desde el año 1955 en adelante. Por un lado, el empresariado industrial nacional perdió su voz propia. Por el otro lado, se dio una puja creciente entre el sector agroexportador y el gran empresa-

riado industrial, en gran parte de origen extranjero, que también había sido beneficiado con los subsidios a la industria durante el gobierno de Perón. Ahora este sector reclamaba la continuidad de sus subsidios. Así, empezó una disputa entre el sector agroexportador y los grandes industriales por el control de la política económica. Esta pugna se dio en el contexto de un escenario mundial caracterizado por una expansión de la acumulación del capital de los países centrales a partir de cadenas de valor global que reproducían la dependencia tecnológica, es decir una creciente importación de tecnología incorporada en bienes de capital. De esto hablaré un poco más adelante, ahora solo quiero resaltar un aspecto de este problema que explica el enfrentamiento entre el sector agropecuario y el industrial desde 1955 en adelante y especialmente a partir de 1966. En este largo período, a pesar de la industrialización impulsada por el gobierno peronista, el sector agropecuario siguió explicando la mayor proporción de las exportaciones del país y por tanto de las divisas que ingresaban al mismo. Esto le permitió disputar por un mayor control de la política económica y mantener un poder de veto sobre la misma. A su vez, el sector industrial requería mayor importación de tecnología incorporada en bienes de capital y por lo tanto generaba una demanda creciente de divisas para pagar esas importaciones.

Esta situación derivó en periódicas crisis del sector externo, pues las divisas obtenidas con las exportaciones esencialmente agropecuarias no alcanzaban para saldar la cantidad de importaciones requeridas por la gran industria. Estas crisis del sector externo llevaron a devaluaciones periódicas que producían transferencias de ingresos entre sectores empresarios y desde la mayoría de la población hacia éstos. Se planteó así un dilema: por un lado, la necesidad de aplicar retenciones a las exportaciones agropecuarias, medida resistida por el sector agroexportador. Por el otro, la necesidad de satisfacer las demandas de subsidios de las empresas que lideraban el desarrollo industrial, demandas que implicaban transferencias de ingresos a través de las retenciones a las exportaciones y otros impuestos. Este dilema se tradujo en pujas entre estos dos sectores de grandes empresarios con el objeto de realizar sus respectivos intereses inmediatos. Es un momento de turbulencias en el que emergió el problema de la inflación y la devaluación. La inflación, tal como yo la veo es un fenómeno que tiene muchas causas, pero en la época de la que estoy hablando aparece como la consecuencia de una pelea muy sorda entre

estos dos sectores, pelea que culmina en devaluaciones periódicas de la moneda que provocan el reacomodamiento de los precios, y con ellos transferencias de ingresos de un sector al otro y, por supuesto, del conjunto de los asalariados hacia los empresarios más poderosos. Esto es particularmente notorio a partir del golpe militar de 1966 cuando los militares lograron en gran medida imponer la hegemonía del sector más poderoso de la industria sobre el sector agroexportador. Se consolidó a partir de ahí un modelo económico que incorporó una política de retenciones a las exportaciones juntamente con subsidios de todo tipo a la industria y especialmente a los sectores más grandes vinculados con el capital extranjero que lideraban la expansión industrial. Así, durante todo ese período, se transfirieron ingresos hacia la gran industria tanto desde los sectores asalariados a los que se les imponían salarios bajos como desde el sector agropecuario a través de las retenciones a las exportaciones agropecuarias. Esta pugna contribuyó a erosionar el accionar de los gobiernos militares que se sucedieron desde 1966.

La radicalización de la clase obrera y los sectores medios

Durante todo el período que va desde la caída de Perón hasta 1966 el peronismo se transformó. Al principio había quedado reducido a ser la expresión de los intereses de los trabajadores luchando por recuperar sus derechos perdidos en el marco de su reiterada proscripción política como partido independiente. La industria nacional había desaparecido de la escena como actor independiente y, cada vez más, reafirmaba su acercamiento a la gran industria en tanto proveedora de partes o de servicios. A partir de 1966 el gobierno militar inició una política destinada a cooptar a la dirigencia sindical con el fin de controlar el conflicto social. La política económica de este gobierno militar juntamente con sus diálogos con los dirigentes sindicales llevó progresivamente a una radicalización extrema de las bases obreras y de parte de la clase media, lo cual provocó a su vez dos fenómenos que luego confluirán. Por un lado, los movimientos sindicales de base, que enfrentados a los jefes sindicales cooptados por el gobierno -dirigentes designados por ese entonces como burocracia sindical- reclamaban mejores salarios y democracia dentro de los sindicatos. Estos movimientos de base se originaron en el interior industrializado pero muy pronto llegaron al propio gran Buenos Aires. Por el otro lado, la radicalización de sectores de la clase media dio origen a verdaderas pue-

bladas en el interior del país y a los movimientos guerrilleros tanto dentro de la izquierda como dentro del peronismo.

Así, la radicalización de la protesta social (pueblazos que culminan con el Cordobazo, entre otros) llevaron a sucesivos cambios en la presidencia de la Junta militar y a cambios en la política económica, intentando responder al creciente conflicto social producto de las demandas obreras y de las demandas emergentes del conflicto entre los grandes empresarios industriales y el sector agroexportador. Paralelamente Perón trataba de mantener desde el exilio el liderazgo de su movimiento: por un lado, emitía señales a los sectores más radicalizados y, por otro, intentaba controlar a la Burocracia Sindical, embarcada en diálogos con los militares. La respuesta de los gobiernos militares del período a estos conflictos será una eventual negociación con Perón a fin de integrar al peronismo como partido político independiente en el sistema electoral. Así nació el Gran Acuerdo Nacional, una iniciativa del general Lanusse que en ese entonces presidía al gobierno militar, iniciativa que pretendía negociar las condiciones del regreso de Perón y de la participación electoral autónoma del peronismo. Esta negociación terminó siendo desbordada por los hechos y se llegó a las elecciones de 1973 en una situación muy fluida. Perón no controlaba la radicalización de su movimiento y los sectores obreros de base no aceptaban a los dirigentes sindicales tradicionales que pretendían controlar sus demandas. Se sucedieron las movilizaciones radicalizadas y, al mes de haber ganado el peronismo las elecciones, un “golpe interno” de Perón produjo la renuncia de Cámpora -su delegado y presidente electo-, juntamente con el descabezamiento de la gobernación de Córdoba y de otras instancias institucionales en manos de los sectores más progresistas del peronismo. Quedaron entonces los jerarcas sindicales, es decir la burocracia sindical y la derecha peronista en control de las principales instituciones del país. Se abrió así un período muy violento de enfrentamientos en la calle entre la derecha del peronismo -constituida por la Burocracia Sindical y las huestes de Lopez Rega, secretario de Perón y expresión del extremismo de derecha- y la izquierda del peronismo expresada a través de la Juventud Peronista y las organizaciones guerrilleras peronistas (Montoneros, Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR)). Es decir, más allá del liderazgo de Perón, el peronismo apareció corroído internamente por el conflicto social principal del momento expresado en el enfrentamiento entre los

que querían una Patria Socialista muy vagamente definida, y los que reivindicaban una Patria Peronista controlada por la derecha peronista y la burocracia sindical.

El Pacto Social

Al mismo tiempo que esto ocurría en el movimiento peronista, el gobierno -a través de Gelbard, su ministro de economía- convocaba en 1973 a un Pacto Social apelando al liderazgo del empresariado nacional a fin de lograr el desarrollo económico. Para ello, presentó un plan que rápidamente fue vaciado de contenido por los representantes empresarios de las grandes empresas industriales. Esto ocurrió en circunstancias de gran movilización popular por demandas postergadas por décadas. Ambos fenómenos agudizaron la desconfianza y resistencia de los sectores más poderosos del empresariado y se desató una inflación incontenible que retroalimentó las demandas obreras y populares ante la pérdida del poder adquisitivo del salario. Los conflictos se multiplicaron y desbordaron a los máximos dirigentes sindicales. Es entonces que en los discursos de Perón, en tanto presidente de la República, empieza a emerger el engendro de un fenómeno nuevo que estallará muy pronto en un golpe militar: la utilización del aparato del Estado para la represión parapolicial y clandestina. Perón en sus discursos identificó como su principal enemigo a las organizaciones sindicales de base, a las que convocó a eliminar por cualquier método (“por las colaterales... y a trancas y barrancas”). La situación se volvió incontrolable, agravada por el desabastecimiento y el consiguiente desmadre inflacionario. En este contexto la represión oficial y parapolicial adoptó la forma de “infiltraciones” dentro del peronismo para romper (literalmente) a las manifestaciones callejeras y a las organizaciones de base.

Este es uno de los momentos de la historia contemporánea argentina donde el Estado pierde la iniciativa y el control de la sociedad. El otro es el más reciente del corralito y del “que se vayan todos” que no tengo tiempo para analizar ahora. La consecuencia de todo esto fue un enorme debilitamiento institucional por la incapacidad del gobierno de dar respuesta a estos conflictos que se traducían en violencia armada en las calles. Es entonces que Perón amenazó en uno de sus últimos discursos con renunciar si no se aceptaban los términos del Pacto Social que había promovido. Pacto que, por ese entonces, era imposible de concretar porque los ac-

tores que habían conformado inicialmente la alianza que dio origen al peronismo en 1943 tenían ahora otros intereses y otros modos incipientes de expresión de los mismos. Asimismo, el mundo había cambiado y la inserción de la Argentina en el escenario global era otra.

En efecto, desde más o menos fines de la década de los 50 y principios de los años 60 del siglo pasado la acumulación del capital de los países centrales se expandió hacia afuera bajo la forma de cadenas de valor global. Esto implicó la disgregación del proceso de producción local y su integración global. En la práctica se produjo una dislocación de las distintas etapas de la producción de bienes de las grandes empresas multinacionales y la dispersión de estas etapas de producción entre sus filiales en distintos países y regiones del mundo. Desde ese entonces, la acumulación del capital se expandió a partir de cadenas de valor global centradas sobre la incorporación creciente de alta tecnología al proceso productivo. Este es su rasgo distintivo hasta el presente, rasgo que dificulta enormemente la capacidad que tiene un país periférico o emergente de planificar sus recursos internos y adoptar políticas tendientes a un desarrollo integrado de la industria nacional, un desarrollo capaz de generar empleo localmente.

En las cadenas de valor global rige la necesidad de ganancias del complejo multinacional y esto poco tiene que ver con las necesidades de los países involucrados en dichas cadenas de valor global. En estas condiciones de expansión mundial de la acumulación global las pequeñas y medianas empresas nacionales aseguran su existencia articulándose de alguna manera con las empresas multinacionales, ya sea como proveedoras de partes o como importadoras de bienes de capital. No tienen pues un interés propio objetivamente independiente del gran capital industrial con el cual se integran de distintas maneras.

Volviendo entonces a 1973, los destinatarios de los subsidios hacia el sector industrial implementados después de 1955 y especialmente desde 1966, habían conformado un grupo privilegiado, por ese entonces denominado “la Patria Contratista”, que vivía y prosperaba al amparo de los contratos y subsidios del Estado. Este sector tenía un núcleo duro, por así decirlo, que se designó con el nombre de “capitanes de la industria”. Esta “Patria Contratista” designaba a un conjunto de

grandes empresarios, algunos nacidos durante la época del primer peronismo, muchos de ellos grandes industriales, otros vinculados también con la obra pública y, en todos los casos con incipientes grados de asociación o vinculación con grandes empresas de capital extranjero. Esta Patria Contratista se había apropiado de la voz gremial de la pequeña y mediana industria nacional. Hacia 1973 el problema de las limitaciones del empresariado nacional como vértice del desarrollo nacional e integrado se explicaban básicamente por las características que había asumido la acumulación del capital local bajo el predominio de la expansión de cadenas de valor global que reproducían la dependencia tecnológica. Así, el silencio político del empresariado industrial nacional desde 1955 no sólo obedeció a la represión política del peronismo; fue también consecuencia de los cambios ocurridos en la estructura productiva y, por tanto, en las relaciones de fuerza en el nivel local.

Estos cambios implicaban, por un lado, la necesidad de reemplazar fuerza de trabajo por bienes de capital a fin de restituir la ganancia empresaria deteriorada por el mejoramiento salarial a lo largo de la primera época del peronismo en el gobierno. Por el otro lado, esta necesidad derivó en una creciente dependencia tecnológica y en la articulación a cadenas de valor global que reproducían este fenómeno. Por último, la emergencia de la Patria Contratista sustituyó la voz de la pequeña y mediana industria nacional, y se convirtió en el principal vocero de los reclamos empresarios.

De la radicalización al terrorismo de Estado

Volviendo entonces al otro actor de la alianza originaria del peronismo: los obreros industriales y sus sindicatos: como dije antes estos se encontraban hacia 1973 totalmente sacudidos por un enfrentamiento interno de enormes proporciones. La burocracia sindical controlaba la Secretaría de Trabajo, gobernaciones y otras instancias institucionales. Sin embargo, su legitimidad en tanto dirigencia sindical y peronista aparecía seriamente cuestionada por sus propias bases a lo largo y a lo ancho del país. Perón murió en 1974, pero al poco tiempo de asumir la Presidencia, desató una brutal represión dentro del movimiento obrero y especialmente de sus dirigentes de base, represión que se intensificó en 1976 cuando el peronismo fue desplazado del gobierno por un golpe militar que inauguró un régimen salvaje de

total violación del Estado de Derecho y de los Derechos Humanos: el Terrorismo de Estado. Éste se abocó desde un inicio a liquidar literalmente a los obreros y dirigentes de base y a la militancia peronista y de izquierda. Tiempo después, el informe de la CONADEP habría de reconocer que más de un tercio de los desaparecidos fueron obreros y dirigentes sindicales de base.

El golpe militar de 1976 fue aceptado por sectores de la sociedad argentina (incluidos dirigentes de partidos políticos tradicionales) y especialmente por gran parte del empresariado, que veía en éste la garantía de orden frente al activismo de los grupos radicalizados y a la creciente movilización obrera. La política económica de los militares buscó disciplinar al movimiento obrero e imponer una baja generalizada del salario. También pretendió poner fin a la puja entre los sectores industrial y agropecuario dándole un fuerte estímulo al sector financiero e impulsando a través de éste una enorme concentración y centralización de los capitales y la generación de grupos económicos con fuerte presencia financiera.

Sin embargo, las tensiones entre los sectores empresarios no disminuyeron. En consecuencia, durante esta dictadura se dio un brutal disciplinamiento del movimiento obrero en el marco de una creciente disputa dentro del mundo empresario. En este caso, la disputa ya no fue entre campo e industria sino entre grupos económicos, algunos de los cuales tenían acceso al crédito externo y otros no. Por ese entonces, la creciente integración de la producción mundial -impulsada por las cadenas de valor global- había sido acompañada por una expansión mundial de la banca y las operaciones financieras, alentadas por la desregulación de la actividad económica impulsada por el centro del capitalismo mundial: los Estados Unidos.

La expansión financiera mundial tuvo una serie de causas, una de ellas y de crucial importancia, fue justamente el auge de la acumulación de capital en cadenas de valor global. La integración global del proceso productivo era imposible sin una fuerte expansión mundial de las finanzas. Ambos fenómenos dieron origen a la interpenetración mundial de la producción global y de las finanzas en un nivel inédito en la historia del capitalismo. Esto ha engendrado hoy la crisis mundial de esta fase del capitalismo. Lo que interesa destacar aquí es que la política económica del Terrorismo de Estado se dio en esta coyuntura internacional de integración creciente

de la estructura mundial de la producción y las finanzas y que esta política lejos de apaciguar la lucha entre grandes sectores empresarios la incentivó culminando en el descontrol de la inflación, las corridas cambiarias y el creciente endeudamiento externo del sector empresario. Este endeudamiento privado terminó siendo asumido por el propio Estado. A partir de entonces, la enorme deuda externa privada se convirtió en deuda pública externa, fenómeno que será la espada de Damocles de los gobiernos que se sucederán en democracia.

Así, el impulso dado a la formación de grupos económicos y la posibilidad o no de acceder a financiación externa lejos de apaciguar la puja entre sectores empresarios y eliminar la inflación la agudizó. La pelea dentro del empresariado por apropiarse de una mayor cuota del excedente y de los ingresos de la población se hará a través de enormes transferencias de ingresos, logradas por la capacidad monopólica ejercida por ciertos grupos económicos sobre el conjunto de la economía, y no ya de un sector de la misma. Ocurre que estos grandes grupos económicos (nacionales y extranjeros) controlaban por ese entonces monopólicamente a sectores de importancia estratégica para el conjunto de la economía.

Desde la época del Terrorismo de Estado hasta ahora, la inflación, las corridas cambiarias y la fuga de capitales profundizan su efecto letal de desestabilización política y pasan a ser el mecanismo destinado a voltear gobiernos después de que la crisis política del Terrorismo de Estado eliminó a los militares de la escena política.

Estos fenómenos, que aparecen tempranamente como mecanismos endémicos de presión para imponer determinados intereses corporativos, se constituyen en el período de vigencia de la democracia que se inicia en 1983, en el principal mecanismo de desestabilización política cuando los gobiernos resisten las presiones corporativas de los grupos económicos que controlan monopólicamente a sectores clave de la economía. Este poder monopólico se acrecentó todavía más con las privatizaciones de empresas públicas en los años 90, fenómeno que aceleró la concentración del capital y la injerencia del capital extranjero en la economía. Por otra parte, la fuga de capitales será el desemboque “natural” de las corridas cambiarias en todo el período posterior al Terrorismo de Estado. Esto, juntamente con las re-

currentes crisis del sector externo que ya mencioné, abonaron un fenómeno que cada vez tendrá más importancia: el crecimiento de la deuda externa. Lamentablemente no hay tiempo ahora para entrar en esto y en la forma en que la deuda externa incidió e incide sobre los conflictos locales.

A modo de síntesis: la pelea dentro del sector empresario, y especialmente entre los grandes capitales -independientemente del origen de los mismos-, por apropiarse del excedente y de los ingresos de la población es constante a lo largo del período democrático. También es constante la resistencia de los trabajadores y de la población asalariada a la transferencia de sus ingresos hacia los sectores monopólicos impuesta por la inflación y la devaluación. El objetivo de estas pugnas no sólo es el excedente de la producción sino también los ingresos del conjunto de la población. Los medios para lograr esto son diversos desde las violentas transferencias de ingresos provocadas por la inflación y las devaluaciones sistemáticas hasta la desposesión a través de las rentas monopólicas de todo tipo que cada vez juegan un rol más importante como mecanismo de apropiación y transferencia de ingresos. En este contexto, el empresariado nacional perdió totalmente su voz independiente. La Patria Contratista beneficiada con los contratos, subsidios y prebendas del Estado durante todo el periodo democrático, acrecentó enormemente su poder económico con las privatizaciones de empresas públicas durante los años 90, y ejerció gran influencia dentro de las entidades gremiales empresarias.

Por otra parte, y desde el punto de vista de la clase obrera, quisiera mencionar que, desde la caída del Terrorismo de Estado, la Burocracia Sindical permaneció en control de la mayor parte del movimiento obrero organizado y cumplió un rol fundamental en los distintos gobiernos democráticos. Su control sobre las máximas estructuras sindicales fue reiteradamente opuesto por diversos sectores sindicales que dieron origen a centrales obreras y organizaciones sindicales alternativas. Estas estuvieron a la cabeza de los reclamos populares. Sin embargo, no lograron obtener la democratización de las elecciones dentro de los sindicatos, ni disminuir el enorme poder económico y político alcanzado por los principales exponentes de la burocracia sindical. Esta persistencia se dio en un contexto de creciente fragmentación estructural del mercado de trabajo y, por tanto, del movimiento obrero. La forma que asumió la acumulación del capital generó una creciente estratificación

obrero, fenómeno que se puede analizar con distintos indicadores: salarios percibidos, formalidad/informalidad, y dentro de los trabajadores formales, diferencias salariales y de grado de precariedad según el sector industrial en que se encuentren insertos, etc.

Otra consecuencia de esta forma de acumulación local será el desempleo estructural y la emergencia de sectores de la población que viven en condiciones paupérrimas y de indigencia: los excluidos por generaciones enteras del derecho al trabajo, la salud, la vivienda, la educación, etc. Aparecen así vastas capas de población urbana totalmente empobrecida y sin trabajo que reclaman por sus derechos movilizándose en la calle. Hoy en día, este sector ha logrado su propia organización independiente, y se expresa como actor político. Por último, hay una importante proporción de la población urbana y rural, aislada y desmovilizada, en estado de indigencia, víctima del narcotráfico y otras aberraciones sociales y totalmente excluida de los posibles beneficios de vivir en democracia. Esta fragmentación del mundo del trabajo y las distintas formas de exclusión social engendradas, han dado origen a distintos actores sociales. Estas divisiones no sólo exponen la desintegración social y el canibalismo producto de la actual estructura de poder, sino que interpelan, tanto al peronismo como a la sociedad en su conjunto respecto del rumbo futuro de la inclusión social.

2003: La reedición de la alianza peronista clásica

En estas circunstancias, sumadas a la *debacle* del corralito y del “que se vayan todos”, el peronismo accedió nuevamente al gobierno en las elecciones del año 2003 y permaneció en el mismo hasta el año 2015. No puedo analizar aquí las condiciones de su acceso al gobierno. Tampoco puedo hacer ahora un análisis de lo mucho que se logró durante este período. Sólo voy a señalar que las políticas implementadas provocaron una fuerte resistencia por parte de los grupos económicos más poderosos, y esta resistencia contribuyó a desnudar en un grado inédito la estructura de poder y los conflictos sociales más importantes. Así, si bien este gobierno no logró modificar esta estructura de poder, contribuyó como ningún otro gobierno democrático a desnudar las principales relaciones de poder.

Aquí interesa entonces centrar el análisis sobre algunas de las falencias de esa política oficial que contribuyeron a explicar su derrota en las elecciones del año 2015. En este sentido, sólo hablaré de algunos problemas y dejaré por falta de tiempo otros que también son fundamentales, como, por ejemplo el haber dejado intacta la estructura judicial y la legislación financiera y tributaria heredadas de la dictadura militar.

Volviendo al significado del peronismo: a partir del año 2003 el gobierno apeló nuevamente a la reconstrucción de la alianza de clases que dio origen al peronismo en 1943 y convocó al empresariado nacional a impulsar un desarrollo industrial con inclusión social, articulando para ello una serie de políticas destinadas a impulsar el mercado interno a partir de la expansión del consumo. Ocurre que, como ya hemos visto, las circunstancias eran muy diferentes a las de 1943. La economía estaba controlada por grandes capitales (extranjeros y nacionales) que monopolizaban sectores estratégicos de la industria, las finanzas, el agro y el comercio externo e interno. Asimismo, la coyuntura internacional también era totalmente diferente. Se caracterizaba por una gran integración de la producción global a las finanzas internacionales en una fase de enorme especulación financiera que culminó en la crisis financiera internacional del año 2008. En este contexto, las políticas implementadas por los gobiernos kirchneristas no cambiaron un ápice la estructura de poder vigente. Sin embargo, estos gobiernos intentaron lograr con tales políticas una mayor inclusión social a través de mejoras indudables en los salarios, las asignaciones familiares, la asignación universal por hijo, las pensiones y jubilaciones, etc. Se usaron además otros mecanismos destinados a incorporar al consumo a través de asignaciones especiales y generación de trabajo precario. Esto fue positivo, pero no suficiente. Se dio en el marco de una escasa claridad respecto de cómo generar simultáneamente empleo genuino en la industria. Si bien esto último no se puede lograr de un día para el otro, requiere de la adopción inmediata de políticas específicas destinadas a cambiar la matriz de la producción industrial a fin de conseguir una generación de trabajo que asegure una inclusión social sostenible. Como veremos enseguida, esto no ocurrió.

La resistencia acérrima de los sectores más poderosos de la economía a la política oficial se expresó en un primer momento en el conflicto con el campo y su re-

chazo al intento del gobierno de aumentar las retenciones a las exportaciones. A partir de entonces la resistencia se ejerció básicamente a través de la inflación, las corridas cambiarias y la fuga de capitales. Estos fenómenos adquirieron una dinámica incontrolable durante la gestión de Cristina Fernández de Kirchner. Ocurrieron en un contexto en que, a mi entender, el gobierno tenía un diagnóstico errado de la estructura de poder y de las principales relaciones de fuerza. En esencia, se pensó desde un inicio que la industria había sido “destruida” por la preeminencia del capital financiero como consecuencia del proceso de “valorización financiera” que tuvo lugar en los años 90. Para superar este problema y desarrollar la industria se adoptaron políticas destinadas a estimular el crecimiento industrial y el mercado interno, sin tener en cuenta la índole de la matriz productiva industrial existente. El fenómeno de la preponderancia del capital financiero escondía el problema principal en términos productivos y de generación de empleo: la estructura de poder altamente concentrado que ya existía en la industria en el año 2003 y el enorme control ejercido por grandes grupos económicos sobre el conjunto de la economía. En este sentido las políticas industrial y financiera se convirtieron en el talón de Aquiles de los gobiernos kirchneristas: no sólo mantuvieron intacta las relaciones de poder y por tanto la capacidad que ciertos grupos económicos tenían de controlar a sectores estratégicos de la economía y de desarticular los objetivos de inclusión social, sino que además estas políticas beneficiaron especialmente a los sectores más concentrados de la industria y de las finanzas.

En todo el período de los gobiernos kirchneristas el sector financiero obtuvo ganancias extraordinarias, que no fueron limitadas impositivamente o de algún otro modo. Tampoco se alteró su control sobre la estructura financiera y su capacidad de articular las corridas cambiarias y la fuga de capitales. A su vez el gran capital industrial se benefició con subsidios de todo tipo, que sin embargo no redundaron en la creación de empleo genuino y foguearon la dependencia tecnológica y la integración en cadenas de valor global absolutamente incontrolables para el país. En este sentido vale como ejemplo el impulso dado a la integración de la industria al Mercosur, y en particular el caso del sector automotriz, es decir de las filiales locales de grandes empresas multinacionales. En este sentido, la política oficial no tuvo en cuenta las consecuencias negativas de una integración al Mercosur en condiciones en que se reforzaba la integración a cadenas de valor global

desde eslabones muy precarios. Esta forma de integración derivó, por un lado, en el problema de la restricción externa -fenómeno al cual ya me he referido- consecuencia de un crecimiento sobredimensionado de importaciones industriales en relación con las divisas obtenidas con las exportaciones. Por el otro lado, aumentó la vulnerabilidad económica ante acontecimientos externos, de modo tal que cuando Brasil cayó en una recesión, toda la industria argentina entró en crisis. Asimismo, este tipo de desarrollo industrial altamente dependiente de bienes de capital y tecnología importada no impulsó el desarrollo nacional e integrado ni creó trabajo genuino en la industria. No se tuvo en cuenta que si bien la política de inclusión social impulsaba un mayor consumo en base a transferencias de ingresos hacia los sectores populares esto sólo podía ser sustentable si se daban cambios en la matriz productiva industrial que asegurasen la generación de trabajo. La forma en que el país se integró al Mercosur obstaculizó la posibilidad de cambios en la matriz productiva y la generación de mayor demanda de trabajo en la industria.

La experiencia de los gobiernos kirchneristas muestra la importancia decisiva que tiene el diagnóstico de situación y la priorización de los problemas que se quieren corregir. Esta experiencia de gobierno muestra además la enorme necesidad de discutir y tener en claro cuál es el desarrollo industrial posible dadas las circunstancias mundiales de expansión de las cadenas de valor global en el marco de creciente incorporación de tecnología. Más aún, y dada la enorme fragmentación del mercado de trabajo, esta experiencia muestra la necesidad de formular políticas específicas hacia los diferentes segmentos de la población asalariada y hacia los distintos tipos de exclusión, desde la elite obrera ubicada en los sectores más dinámicos de la industria, hasta aquellos “pobres estructurales” excluidos por generaciones de la posibilidad de un trabajo digno. También muestra la necesidad de aglutinar estas políticas que atienden intereses inmediatos que pueden ser contradictorios, en un proyecto de inclusión social global que supere las diferencias entre sectores. En este sentido, las políticas de los gobiernos kirchneristas fueron poco claras, desatando en determinados momentos conflictos con sectores obreros que deberían haber sido evitados, como fue el caso de la imposición del impuesto a las ganancias a las fracciones obreras que percibían salarios más altos. Estas fracciones son cada vez más amenazadas por el cambio tecnológico que se verifica en el nivel

mundial, y tienen por tanto un interés concreto en un cambio de modelo económico.

Por otra parte, la política hacia “el campo” también se derivó de una lectura errónea de las características del sector agropecuario. Se lo consideró como un todo homogéneo al que había que imponer, como en épocas pasadas, retenciones a sus exportaciones. No se tuvo en cuenta que “el campo” se ha ido transformando a lo largo del tiempo, dando lugar a distintos segmentos con intereses contradictorios y que por lo tanto habría que haber aplicado políticas específicas dirigidas a estos sectores -que juegan distintos roles en la cadena de valor de la producción agropecuaria-, a fin de sumarlos al esfuerzo más general de integración nacional. Creo que aquí se perdió una oportunidad que permitió que el campo se aglutinase como un todo homogéneo en contra del gobierno, haciéndole pagar un alto costo político.

Ahora bien, al partir de un diagnóstico errado de la relación de fuerzas entre sectores, el peronismo en el gobierno entre 2003 y 2015 no supo limitar el poder del capital financiero con regulaciones específicas e impuestos determinados. De este modo este sector, que obtuvo enormes ganancias durante todo el período, jugó -al mismo tiempo- un rol central e impune en las corridas cambiarias y en la fuga de capitales. Asimismo, la política de precios del gobierno dejó intacta la capacidad de determinar precios que tenían los grupos económicos con poder monopólico. La iniciativa de los “Precios Cuidados” fue ineficaz porque no fue acompañada por la aplicación de las regulaciones existentes, -como por ejemplo la ley de abastecimiento- para impedir los “cuellos de botella” que hacían posible la violación de precios. En este sentido creo que se perdió una oportunidad única de impulsar la participación de los propios integrantes de las cadenas de valor (obreros, empresarios comerciantes y consumidores con sus organizaciones respectivas) en el control de precios y del desabastecimiento de los bienes producidos en las distintas instancias de la producción y comercialización, especialmente en el sector alimenticio. Guillermo Moreno, el Secretario de Comercio durante buena parte de los gobiernos kirchneristas, no tuvo ningún poder real, -por más que el así lo creyese-, para desarticular el poder monopólico en la determinación de precios utilizando para ello intimaciones y conversaciones periódicas con los empresarios más po-

derosos, reunidos semanalmente en su despacho. A mi entender, el poder para cambiar esta relación de fuerza se da en la aplicación de las regulaciones existentes. Pero para que esto sea efectivo, debe de haber un “empoderamiento” de los ciudadanos de a pie a través de la participación en el control de precios en las cadenas de valor, especialmente la alimenticia. Esta participación ciudadana crea las condiciones para una efectiva aplicación de las regulaciones estatales en el control de precios.

La problemática de la importancia de la participación y del control de gestión de “abajo hacia arriba” remite a otra gran falencia de los gobiernos kirchneristas: haber dejado intacta la estructura de relaciones clientelísticas y corruptas que permea a casi todas las instituciones del país. En este sentido el gobierno no llevó a cabo una reforma a fondo de los sindicatos y partidos políticos con el fin de lograr su democratización interna. Sus políticas no tuvieron por objetivo impulsar la participación y el control de gestión desde las bases, ni en los sindicatos, ni en los partidos políticos, ni en los propios municipios. Dejó así intacta a la estructura de relaciones mafiosas que dominan a estas instituciones y reproducen en democracia la estructura de poder vigente en el país. En los últimos años del gobierno de Cristina Kirchner surgió claramente la necesidad de impulsar una organización propia dentro del peronismo apelando a la militancia en las bases, pero por ese entonces el gobierno ya estaba a la defensiva ante el embate de los sectores económicos más poderosos a los que se sumó buena parte de la burocracia sindical y muchos de los integrantes de la estructura clientelística del propio peronismo.

En síntesis: el peronismo hoy, como en 1973, se encuentra recorrido internamente por los conflictos sociales que dividen al país, en circunstancias en que la estructura de poder local e internacional lo obligan a replantear las políticas necesarias para lograr un cambio de la estructura productiva que asegure una inclusión social sustentable. El sector progresista del peronismo necesita impulsar una alianza amplia con todos los actores sociales que, aunque puedan tener intereses inmediatos contradictorios, se ven perjudicados por la estructura de poder actual y tienen un interés objetivo en un desarrollo nacional integrado e inclusivo. No puede encerrarse en sí mismo y devorarse en luchas por el control del “aparato” del peronismo. El futuro del peronismo descansa entonces en la capacidad de los

sectores más progresistas de articular un espacio amplio que permita superar el canibalismo social que emerge de intereses inmediatos contradictorios, un espacio que deberá adoptar una nueva forma de organización. Basada sobre la participación activa desde “abajo hacia arriba” en la toma de decisiones y en el control de gestión de los dirigentes, esta forma de organización es la antítesis del clientelismo. La historia nos enseña que los grandes cambios ocurren y se consolidan cuando se transforma el carisma en organización. En las circunstancias actuales esta última deberá basarse sobre la némesis del clientelismo: la participación directa de los ciudadanos de a pie en la discusión de las políticas y en el control de la gestión de sus dirigentes.